

ba más junto a ella su hermana, esta ya había salido y vuelto al cuartito de adobe. Desde el umbral, la miraba a la vez que cargaba en una mano una antorcha encendida y en la otra lo que le quedaba sin verter de gasolina.

—¡No!

—¡Me lo vas a agradecer!

Clara arrojó la antorcha encendida sobre la estatuilla con la violencia precisa, los volúmenes del hombre dorado alcanzaron el techo, y en medio de su resistencia a las llamas empezó a partirse en dos a lo largo, como si se abriera una tumba faraónica.

La Viuda Negra gimió desde las tripas, y dio un salto para unírsele al hombre cuya cabeza ya se asomaba desde dentro del féretro, con los ojos cerrados e hirviendo. Los gritos de Clara fueron el clímax del espectáculo y el pueblo entero invadió la casa haciendo rechinar los dientes, cuchillos carniceros, y estuvo en presencia, por última vez, de La Viuda Negra y su marido perdido, todavía vivos.

En el cajón de la mesita de noche de Celeste Arriaga fueron encontradas algunas unidades de frascos de quisipina, veneno que en pequeñas dosis resulta un somnífero efectivo. A su lado, varias jeringas tanto usadas como en estuches cerrados. Las usadas contenían restos del somnífero, cuando no de comida.

El cuerpo del señor Arriaga presentó una sonda de la boca al estómago, así como varios moretones producto de una hinchazón pospinchazo de aguja. Celeste Arriaga sabía retener a su marido.

## UN DESCONOCIDO

Loretta Young

Mamá decidió que yo debía asistir al Mary Clarence Catholic School, aunque a mí me hubiera gustado estudiar en el colegio nacional donde ella enseñaba. *No hijita, tú tienes que ser mejor que yo. Tienes que hablar inglés como tu padre.* Con seis años, no podía protestar.

Pudo solventar la pensión con esfuerzo, comprar el uniforme, los zapatos guindas —cuyo costo hubiera servido para pagar dos meses de alquiler del departamento— y los libros que pedían. A pesar de cumplir con todo lo requerido, tenía matrícula condicionada; mi madre no era casada por la iglesia como lo exigían las monjas.

El primer día de clases me llevó de la mano y me puso en la fila, no pudo estar en la ceremonia porque también tenía que ir a su escuela. Me quedé sola, muriendo de miedo porque no conocía a nadie, aunque al final terminé acostumbrándome, así sería siempre. Al principio, a la hora de salida, me recogía mi tío; luego de unas semanas, ya podía ir y volver sin compañía. Como vivía a dos cuadras del colegio, ahorrraba en la movilidad.

Recuerdo que fue una época difícil, ya no había antojitos en la calle, salidas a pasear, ni los viajes de antes. Al siguiente año, consiguió un segundo trabajo en un colegio particular pequeño, donde enseñaría por la mañana y, en la tarde, asistiría a su puesto regular. *De ahora en adelante, hijita, al salir de tus clases te vienes a mi trabajo.* Al llegar, la esperaba en la dirección hasta el primer recreo; salía y me llevaba a la sala de profesores para almorzar. Pasaba la tarde entera allí, haciendo mis tareas mientras la esperaba.

Un día, mamá estaba esperándome en el portón. Nunca había ido a recogerme, por lo que me pareció rarísimo. Me llevó a comer y una vez en casa me dijo la noticia triste:

—Hijita, no sé si entiendas bien esto, pero tu abuelita Eulalia ya no vendrá a visitarnos más, ya no puede.

—¿Por qué? —le pregunté sorprendida. La madre del señor que decían que era mi papá nunca se perdía el día de mi cumpleaños, ella me visitaba y me traía cada año una muñeca gateadora con diferente color de ropa. Era el único nexa con mi familia paterna.

—Se fue al cielo — contestó mamá y me abrazó.

Sabía que la gente que se iba al cielo ya no regresaba, por lo que entendí que no la volvería a ver. *Mami, no llores*. Esa tarde la pasamos juntas, mirando fotos y el video de mi primera fiesta de cumpleaños, donde aparecía la abuela Eulalia cargándome y haciéndome bailar.

Al día siguiente volvimos a la acostumbrada rutina, fui al colegio de mamá y la esperé donde siempre. Estaba conversando con la secretaria, cuando un hombre alto y algo mayor entró a la oficina, parecía que no había dormido en toda la semana. Su apariencia me recordaba al señor Cara de Papa que me habían regalado en la Navidad pasada, en color, forma y proporción, aunque con mucha barba. Preguntó por mi mamá.

—¿Busca a mi mamá, señor? Está trabajando —dije solemnemente.

Sus ojos se abrieron como dos platos, me miró fijamente y empezó a llorar. *Eres igualita a Conchito*. La secretaria mandó a llamar a mi mamá de inmediato ante la situación. Ella llegó, lo miró extrañada, parecía no conocer al tipo y algo molesta le dijo:

—Espero que sea algo importante, estoy trabajando, ¿qué desea?

—Consuelo, ¿no me reconoces? ¡Soy Javier!

Ahora mamá parecía saber quién era y reaccionó. En aquel momento, no supe interpretar su expresión, aunque ahora sé que se contenía de gritar.

—¡Javier! Siete años sin verte, ¡estás cambiadísimo! Tenemos tantas cosas que hablar —apresuraba las palabras. —Ella es mi hija Leslie; hija, él es... —se quedó callada sin poder terminar su presentación, pensando.

—Soy Javier Lescano, pequeña, y seré para ti lo que tú quieras que sea— intervino ante el silencio de mamá, limpiándose los ojos.

El nombre me sonaba conocido. Se acercó y quiso abrazarme, yo me quedé quieta, su tamaño me daba miedo. No quería que sea nada mío, pero ante la fulminante mirada de mamá, terminé diciéndole que sería mi tío. Al parecer, la madre de Javier se había ido al cielo como mi abuela Eulalia y estaba organizando cosas con nombres difíciles que, entonces, no entendía, como velorio y entierro. Al preguntarle a mi mamá qué era eso, se alejó a conversar a otro lugar donde no los pudiera escuchar.

Al volver me dijo que mi nuevo tío Javier me llevaría a almorzar y que me cuidaría por el resto de la tarde. Como no quería irme con el recién llegado, hice un berrinche. *No te preocupes Conchito, mejor mañana que es sábado salimos los tres*. Aún lo veía lagrimear, pero se fue. El mismo día, por la noche, parecía que mamá quería decirme algo pero se contenía, la veía nerviosa, impaciente.

El sábado, mamá me puso un vestido —sabiendo que yo detestaba usarlos— para ir al almuerzo con Javier. Me preguntaron dónde quería ir y yo decidí visitar un lugar con juegos infantiles. Apenas llegamos, me fui corriendo al tobogán —quería arruinar el vestido— y dejé a los adultos para que hablaran.

Javier no parecía muy animado, tenía ojeras y vestía completamente de negro. No supe cuál fue el tema de su conversación, no me importaba escucharlos. Al rato, cuando trajeron la comida a nuestra mesa, Javier se mostró muy interesado en mí. Me miraba fijamente y sonreía con cualquier gesto que yo hiciera, lo que me incomodaba.

*¿Te puedo hacer una pregunta?* Ya me la estaba haciendo, a lo que le contesté con otra.

— ¿Cómo conoces a mi mamá?

—Desde hace mucho, cuando era más pequeñita que tú. Son igualitas ¿sabes?

—Ahhh, eran amigos del colegio como Joaquín y yo.

Silencio, se miraron y soltaron risitas extrañas. Me aburrí, no me gustaba conversar con quien no me contestaba apropiadamente. Mientras comía, no me perdía de vista, yo trataba de voltear y hacer como que no estaba allí. *Vámonos mami, quiero ver el Chavo del Ocho.* Pero no me llevaron a mi casa, sino a comer helado. De vuelta, me hice la dormida el resto del camino para no tener que hablar.

—Consuelo, ya va siendo hora de que Lesly lleve el apellido de la familia —se escuchaba la voz de Javier.

—Ese no es mi problema, el que se lo debe poner eres tú. En el colegio le dieron matrícula condicionada por ese asunto. Por cierto, estoy pensando cambiarla el próximo año, pensé que podría solventarlo pero, sinceramente, el dinero ya no me alcanza —le contestó mamá, seria.

—Eso es porque no me has dejado ayudarte. A la niña no me la sacas del ambiente al que ya se acostumbró. Yo te mandaré lo que haga falta.

—Claro... —se contenía mamá — ¿Te vas otra vez?

—Vine sólo por la muerte de mi madre.

—Si no hubiera sido por eso, seguirías siendo un desconocido para Leslie —se elevó su voz, aunque aún se contenía.

—Sabes que yo ya no pertenezco aquí, tengo un trabajo, una esposa, una vida. Me gustaría llevármela pero ya vi que no quiere saber nada de mí, no la culpo —dijo con pesar.

¿De qué apellido hablaban? Yo tenía uno y me gustaba. ¿Por qué yo me tendría que ir con él?... Muy en el fondo sabía quién era, creo que siempre lo supe, lo había confirmado desde la noche anterior que escuché a mamá hablar con mi tío acerca de su llegada. ¡No! ¡No es verdad! ¡Es un desconocido! Me repetía sin cesar. Con esos pensamientos, poco a poco me quedé dormida en serio; cuando desperté estaba en mi cama.

Al siguiente día Javier nos visitó por última vez. Se despidió de mamá, y cuando se acercó a mí, me preguntó si me gustaban los caramelos, a lo que yo conteste que sí. *Toma, para que te compres muchos.* Me dejó un billete de color verde que nunca había visto. Chau tío Javier. Sonrió, aunque aún se veía triste.